

Arqueologia Costarricense.

Carta del secretario del Museo Nacional al inspector general de empuñansa. San José Octubre de 1894.

Señor Don Miguel Obregón.

Albeldado por su primera instancia para que celebre en la inminente reunión de la "Biblioteca de los fundadores Buzanovos", sea de propuesta escribir algunos artículos sobre cuestiones relacionadas con el problema, los cuales pongo de largo a la disposición de usted. La incorporación de los datos referentes a la historia precolombiana no es que sea el tema, sino a propósito para Buzanovos en una revista dedicada a la institución primaria; pero al mismo tiempo de propaganda en favor de la preservación de reliquias de los indios, y así mismo mejor que el maestro puede inculcar en el corazón del pueblo que se levanta las ideas protectoras de las reliquias, y demás artefactos que se desvanecen en los comienzos de los primitivos pobladores de este pedazo de tierra que nosotros llamamos patria.

Segun D^{ho}. Fruto, los indios tienen libros de pergamino, que habian de los
suos de por ahy, tan anchos como una mano o mas, y tan largos como diez
o doce veces el ancho, que se enroscaban y deslavan e muerian en el tarva-
te e grandiza de una mano - por donde ellos usan dentro de esta manera de re-
desmoj; y en aquestos tienen pintados sus caracteres o figuras de tinta roja o negra,
de tal manera, que aunque no sean distintos ni escritas, significaban e se enten-
dian por ellas todo lo que querian muy diamenter, y en estos tales libros tienen
pintados sus terminos y heredamientos, e lo que mas les parecia que diera a otro
figura de, asi como los caminos, las rias, los montes e boscajes &c. Por esos libros
se comunican a los letrados, me ciñamos han desaparecido y algunos encuentran os
a estudiar los defectos que podemos verlos a conocer, sin aventurar opinion
de probabilidad dudosa. Algo se ha visto en un centide, pero queda aun mu-
cho material inutilite, en posesion de la casa de Huesos Nacional y los vaci-
tar a las ultimas exposiciones de celebridad, y de Chicago me permitian el tra-
bajo emprendido; tan solo deseo de mis conocimientos, por considerarlos
muy limitados; mas aboge la esperanza de que personas competentes miente
autorizadas llenaran los vueltos y registrar los defectos.

D

Por más que la bellera artística de muchos artefactos de los indios y la riqueza exagerada que a veces se les atribuye nos hagan admirar el grado de civilización alcanzada por los antiguos habitantes del Continente Americano, se sienten ingratos el poder de las armas y la conquista de los españoles tan sólo como el momento destructor de una civilización digna de mejor suerte, cuando por el contrario, la sabiduría de una nación en cuyos dominios jamás se ponía el sol, no rehúsan mezclar su sangre con la de nuestros indios, legándonos su religión, su lengua y sus costumbres. El maestro que puede modelar a voluntad los sentimientos de sus educandos debe enseñarles a respetar y querer a nuestros progenitores, ora estén en el pundo de Castilla o el fondo de plumas del indio de la montaña.

Si estas investigaciones arqueológicas fueron consideradas como de alguna utilidad, sea para la mejor recompensa a que aspira su afectísimo amigo. — Al. e. Llerio.

Arqueologia Costarricense.

Costa Rica sido considerada la República de Costa Rica, hasta en los últimos años, como un país desprovisto de antigüedades indígenas, y solamente así se explica que varios exploradores europeos y americanos hayan recorrido el país en todas direcciones y en diversas épocas, describiendo siempre su numerosa fauna y exuberante vegetación, ocupándose, aunque en menor escala, de sus múltiples volcanes, y rica conformación geológica, sin consagrar si no vagos recuerdos a los pueblos antiguos que en agrupación numerosa ocupaban este privilegiado suelo, antes, durante el periodo de la conquista española. Bien es cierto que los cronistas del Siglo XVI no dan detalles preciosos relativos a los pobladores de esta garganta del continente americano; pero sus descripciones no son completas, ni bastantes para reconstituir esa historia, al parecer borrada y perdida en la obscuridad de los tiempos, como muy bien lo ha dicho el eminente Sr. Pratière.

Los muchos miles de figuras de oro presentadas por los indios a los primeros capitanes de los expedicionarios europeos que recorrieron la costa del Pacífico, en toda la extensión de la provincia de Cartago, Costa-Rica, pasaron a buen dore, sin que se concebia ni siquiera dibujos ordinarios. En la expedición de Gil y

En la expedicion de Gil S

esempio, se recogio oro -

249 en nuestros pueblos por valor de 40,000 pesos de entonces; el Cadique de



45 Vaso primariamente dibujado,
con varios colores y que mide 26 centí-
metros de alto por 28 milímetros de di-
ámetro en la boca. Cerámica de los in-
dios Suroccidentales. Taldad del Volcán
Zorari. - Colección Arizana.

mente dibujadas, que usaban los pobladores de la isla de Chiriquí, se coincidieron hasta hace poco suprimidas para siempre de los anales de las manufacturas humanas, y se creía que sus contornos, dibujos y colores no volverían a existir la curiosidad de los hombres blancos. Mas las investigaciones arqueológicas se han iniciado con provecho en los últimos tiempos, y las joyas de oro reaparecen, la cerámica se reconstruye con toda su abundancia y variedad primitiva, y los útiles e ídolos de piedra atraen de nuevo las miradas de los europeos y americanos. En la Exposición Histórica Americana de Madrid se exhibieron numerosas y variadas colecciones, como prueba de que los objetos en que se basa la historia precolombina no han desaparecido en absoluto, y ligada una época en que la arqueología y la lingüística, unidos en estrecho abrazo, nos manquen con certeza absoluta sobre el mapa de Costa Rica las huellas de los diversos pueblos americanos que pasaron por este puente gigantesco de las dos Américas.

Las investigaciones practicadas hasta ahora en el país no han enriquecido aún a la ciencia con el descubrimiento de ruinas antiguas, y las crónicas de los conquistadores tan solo citan construcciones ligeras de palma, semejantes, a la casa de vecino del Cuzco de Cuzco, que en 1544 dibujó el expedicionario italiano Jerónimo Benzoni sentada probablemente en la raíz de un árbol, o sobre alguna piedra al orillar del río Sucre, hoy llamado Pacuare. El Dr. S. Habel encontró en la meseta central, hace pocos años algunos restos de edificios antiguos en las inmediaciones de Santa María de Dota; pero, citando sus palabras: "Lo que quedaba entonces eran los muros exteriores de un edificio circular de setenta y ocho pies de diámetro, que sobresalían dos pies y medio de la superficie del suelo; el espacio interior estaba lleno de tierra...." Un amigo nuestro, Mr. Larrea, que también visitó aquella localidad hace pocos meses, nos aseguró haber visto en las cercanías de la pequeña población de Buenos Aires la base de un edificio cuadrado, que conserva aun una gradería en el centro de cada lado, igualmente lleno de tierra el espacio interior. Pero esas bases de construcciones antiguas están hechas con piedras de río, sin argamasa que las sujete, y desprovistas en sí de relieves o adornos, por lo cual no presentan indicio alguno para creer que sobre ellas se levantaron edificios de paredes concitantes, como los encontrados en Nicaragua, Guatemala y México. Sin embargo, esta no es razón suficiente para asegurar que Costa Rica no posea, bajo las capas de humus regular, algunos restos de construcciones pertenecientes a los pueblos precolombianos, y pudiera suceder que, al dismantlar los bosques, al construir nuevas vías de ferrocarril, o por otros circunstancias cualqu海岸, se descubran nuevos documentos arqueológicos que nos prueben la existencia de otros pueblos de civilización más avanzada.

Mientras se practican exploraciones sistematicas, debemos dirigir la vista a las sepulturas antiguas, observarlas descubiertas, conservar los objetos que ellas encierran, solucionarlos y clasificarlos, para obtener, por medio de la comparacion, el mayor numero de luzas que no gien al traves de es intrincado laberinto conocido comunemente con el nombre de historia precolombiana.

Creemos que la arqueología no podrá hacer derivaciones muy marcadas y precisas en los objetos hasta ahora descubiertos,



por que los pueblos vecinos se cambiaban sus productos, arrojados, y eran tantos y estaban tan en comunicación unos con otros, que los historiadores antiguos dan mas de treinta nombres de pueblos diferentes, haciendo al propio tiempo referencia a sus relaciones de comercio. En algunos puntos, como en Terrabza, por ejemplo, se puede seguir la zona de cerros, de tan en alto como se vea, que a quel punto hacia una comunicación con sus montes de las llanuras bajas de la provincia de Sucre. Por

otra parte, los nabuuz, que trabajaron muchas artes y costumbres de los aztecas, se hallaban esparcidos por uno y otro lado del país. Pero si la arqueología no puede marcar las diferencias que hai entre los residuos de los pueblos inmediatos, compenetrar, si nos hace desde luego tres divisiones principales: la region del noroeste, hacia el seno de Uruguay, habitada antiguamente por los Chorotegas o Manques, que se extendian por aquella parte hasta intermar en Nicaragua; al Sur y al Oeste de la cordillera, donde están hoy Terrabza y Boruca, vivian varios pueblos; mas las antiguadas que se conocen de aquella region, probablemente pertenecieron a los cotos o bruncas, y por último, la vertiente Oriental del país, que forma un angulo inverso, cuyo vértice se halla en la altiplanicie Central, y con sus lados abarca toda la costa del atlántico, comprendia una multitud de pueblos conocidos con el nombre generico de Guatares.

Es muy facil encontrar sepulturas antiguas en cualquier punto del territorio de Costa Rica, las cuales se manifiestan unas veces con cadáveres de piedras colocadas de punta; otras por montones de piedras, tambien de rio, pero acinadas con tal profusion, que llegan hasta formar verdaderos tumulos elipticos, que miden algunos metros en su diametro mayor, aunque debemos confesar que jamas hemos visto durante nuestros viajes a diversos puntos ningun tumulo de piedras tan grande como los encontrados por el Dr. Bonillius en la isla Zapatera del Lago de Nicaragua; otras veces no hay nada sino algo que indique la presencia de las guacas; ha habido muchos casos en que al abrir un agujero en el terreno, con cualquier instrumento, se encuentran una figura de oro, o al pasar el arado por un terreno para sembrar maiz, aparecen a guisa de oro, metales y otros objetos de valor, no solamente para la riqueza, sino tambien para los trabajadores mismos, que bien por mucho saben sacar de ellos alarzos.

En la construcción interior de las sepulturas hay gran variedad; mas, por regla general, los objetos arqueológicos, como idólos de oro, figuras de piedra, armas, metales y piezas de cerámica, todos se encuentran siempre dentro de la sepultura. Apenas si aparecen restos humanos de hueso en cuando, pero en tan mal estado de conservación, que al tratar de recogerlos se deshacen en la mayor parte de los casos. Los cráneos que se han podido salvar por un muy bien de manifestar la diferencia de los dos raras principales, Chorotegas y Guatares la cubra de los primeros era abultada por los lados, casi redonda, mientras que la de los segundos es ovalada y se parecen mas a la de los europeos.

En la provincia del Guanacaste, habitada antiguamente, como dijimos, por los Chorotegas o Manques, se hallan con profusion las sepul-

En el Cartón, cerca del viejo pueblo de Soria, hay como decenas de sepulturas indígenas, indicadas por simples aglomeraciones de piedras, pues era era la costumbre antiguamente establecida en aquella parte del país. Hacia la frontera de Nicaragua viven las castas del genquial y Comventillos grandes montones de conchas que alcanzan a dos o tres metros de altura, pero al tratar de reconocer su origen se encontró en toda su conformación, hasta la base conchas, caracoles, pedruzcos de vasijas de barro, de vez en cuando algun resto de metal, lo cual me convenció de que a guisa de montones no son otra cosa

que residuos de antiguas pesquerías de pescadores, pueblos de pescadores que vivian en las bahías de Salinas, Elora, y otras pequeñas y muy ricas en mariscos. Lo único que encontramos en esa region que recuerda el carácter especial de comenorio, es un espacio pequeño de tierra llamado el potrero de las guacas, en la hacienda Soto: allí hay cuatro montículos al parecer antiguos, por su forma y colocación geométrica; en la parte baja, en el centro de los montículos hay una piedra de forma cilíndrica, como de dos metros de largo, que está clavada de punta, de manera de columna, y tiene grabadas al calor calaveras y otros símbolos de la muerte. En todo este paraje del Guanacaste, en esta mucha trabajo el abrir una sepultura antigua, pues a la dureza uniforme del terreno hay que agregar que los objetos arqueológicos están a dos y tres metros de profundidad, en el mayor desorden, sin que haya ningún indicio que lo dirija como con seguridad al lugar en que se halla cada pieza, lo cual origina la rotura de la mayor parte de ellos, por que siempre están mezclados con la tierra, piedras y guacas que los indios podian conseguir para llenar el hueco.

Las sepulturas de Buruca, que representan mayor trabajo, por que tienen paredes como la de los guatares. De estos últimos nos ocupamos más extensamente, por ser los que constituyen verdaderas sepulturas, gastando muchas fuerzas y paciencia para sacar el material que en tales construcciones habian de emplear.

En los tipos principales de sepulturas se encuentran siempre en las comenorios de los indios guatares. La primera forma y más común consiste en un cajón de lapas apiladas a medio metro o menos de la superficie del suelo, y algunas veces las lapas han lavado tanto el terreno, que las lapas superiores, que constituyen la tapa de la guaca, se hallan al descubierto; en ese caso, cinco minutos después de encontrada esta se puede observar su contenido. Debemos tener presente que todas las sepulturas de los guatares se hallan siempre colocadas de Oriente a Poniente, concorran de la parte más ancha hacia el Oeste, por ser el que debe ocupar la cabeza del difunto; de lo mismo tenemos en cuenta que el interior se halla imbuiblemente lleno de tierra. Las dimensiones de estos sepulcros varían; pero tomandolo uno del comenorio de Guajalvo, por ejemplo, podemos concretar las medidas siguientes: longitud, un metro; ancho en los pies, ochenta centímetros; y profundidad o altura del cajón, sesenta centímetros. En el ángulo derecho a la cabeza de esta sepultura encontramos una olla de barro tapa herméticamente con un platillo tripode invertido, esto es, con las patas hacia arriba; la olla contiene carbonos bien conservados, por que una vez gastado el oxígeno que naturalmente tenía la vacía, cesó la combustión y ni la tierra ni la humedad pudieron penetrar dentro de la olla para destruir los últimos restos de aquel sahumerio con que los dioses del muerto acompañaron su cadáver hasta la otra vida.

En otros casos las lapas de color rojo se hallan sustituidas por rocas calizas, o bien la excavación en el terreno se profundiza hasta dos metros, y al encontrar un fondo calizo, como se observa en el comenorio de "Agua caliente", se descubre el hueso o nicho cavado en la roca misma y tapado con lapas por encima. Al abrir uno de estos sepulcros, que estaban a dos metros bajo la superficie del suelo, encontramos en el fondo cadáveres uno extendido longitudinalmente como en un ataúd, con la cabeza al poniente. Otro con la cabeza hacia el Este, y los restos de un tercero, que probablemente fue el primero que ocupó la sepultura original y que por lo mismo se hallaban sus huesos hechos un montoncito en el centro de la sepultura; esta era una pequeña que no les dejó espacio alguno para depositar dentro de ella los haberes de los muertos, ni siquiera los objetos de menores dimensiones.

El comenorio llamado de Agua caliente ocupa una gran extensión de terreno plano, al Sur y a corta distancia de la ciudad de Santiago. Hay perteneciente a la familia de Froyo y ha producido en él de 5,000 muestras arqueológicas de oro, cobre, piedra, y barro, llegan de tal grado la riqueza de sus guacas, que de una sola se ha extraído además de otros objetos, de joyas de oro, ornamentos en sus ellos y piezas grandes de las que los guatares usaban en sus guerras. Mas de cien figuras de oro de las que se encuentran en el Museo Nacional, proceden del comenorio de

El cementerio del Guayaque se encuentra situado en la falda oriental del volcán de Guatimala, a poca distancia de elevación sobre el nivel del mar, bastante sobresaliente por el resquebrajamiento de la línea del ferrocarril, y de las margenes del río Guayaque. El espacio de terreno que ocupa es muy pequeño, pero las sepulturas están tan apretadas que parecen venir como una misma mancha oscura de nichos diferentes. Esto induce a que en la localidad se disfruta de una temperatura agradable de 222 centígrados, para creer que aquel fue un centro de población importante, pues aunque el terreno es en la general quebrado, hay extensas aguas potables. La vegetación de la zona es exuberante y variada que tiene la alta-hera y los helechos están por todas partes, plantas, juncos, papales y otros rudimentarios, así como de pavos, periditas y lemas que que en la zona de los indios abundante y salvaje. El Guayaque también debió de ser allí fuente inagotable de cerámica para la proximidad del río.

Los trabajos practicados por los indios en el cementerio del Guayaque son más extensos y formales que los encontrados en otros puntos del país, de tal modo que se hallan faja sepulcros esta forma divididos en varios círculos de diez o doce metros de diámetro, formados con filis de piedra grande, una de río y otras de roca o lava volcánica, que son abundante en aquellos alrededores. Entre unos y otros círculos hay caminos artificiales trazados. En la parte central se encuentran una fuente empotrada por muros de piedra, con el objeto de que el agua se mantenga siempre cristalina, el desagüe de la fuente está construido a manera de alaracas, cubierta con lajas tan grandes y pesadas, que en la actualidad pasan por allí diariamente carros cargados y jamas se ha alterado el orden en que los indios los dejaron colocados.

En las cercanías del cementerio se encuentran rocas esculpidas, relieves de animales caprichosos, metates rudimentarios, piedras a medio cortar, etc., todo lo cual prueba que aquel fue un pueblo activo y trabajador. Ahora todavía, si se tiene en cuenta que no disponían en absoluto de instrumentos metálicos para trabajar esas piedras duras, de que formaban las cruces ornamentales que ahora hemos encontrado dentro de las sepulturas. Las lajas mismas con que construían los puntos, y sepulcros tenían que llevarlos desde lugares distantes, habiendo de por medio peñas al parecer inaccesibles.

Hacia la parte oriental del cementerio hay un montículo de quince metros de diámetro y tres de altura, hecho artificialmente con tierra y una espiral de piedras grandes al rededor, al fin de que tuviese mayor consistencia. En la parte superior de este montículo hay tres sepulturas apacadas, construidas en forma de cajón, con lajas planas, tanto en las cabezas y costados como en el fondo y tapa. A nuestro juicio, estas debieron de ser guacas ricas; pero cuando visitamos nosotros a aquel cementerio, ya alguien se había ocupado de abrirlos.

Al Sudeste del montículo y a distancia apenas de diez metros, se encuentra una sepultura espaciosa de diez metros y treinta centímetros de largo por un metro ochenta centímetros de ancho, y un metro noventa centímetros de profundidad. En esta las paredes son de piedras sobre puestas, a manera de pretel, sin mezcla alguna que las sujete, más que su estádica colocación; el fondo está tapizado con lajas, y la tapa formada de grandes lajas que descansan atravesadas sobre las paredes laterales. De esta sepultura sacó el Sr. Trogo la piedra llamada "de los sacrificios" y la mesa redonda ornamental de mayor tamaño que se había en Costa Rica en Madrid.

En los metros de distancia de esta sepultura encontramos otra semejante, que nadie había podido abrir por que sobre ella crecía un árbol con cubito. Desgraciadamente, las raíces habían destruido todas las vacijas de barro y solo

pueden obtener de ella algunos cuchillos de pedernal, un pedernal, dos de pedernal, un idolo de piedra volcánica, cuatro cabezas, una mesa ornamental de arcilla y un centímetro de diámetro y un caracol de oro. La mesa se hallaba sepultada en el fondo y hacia la cabecera de modo que, con poca abstracción la sepultura, no se veía de la mesa, más que la superior superior, el resto del fondo estaba tapizado con lajas, y sobre ellas los objetos ya mencionados, con excepción del caracol, que se hallaba debajo de las patas de la mesa, envuelto en una envoltura blanca. Todo lo que respecta a las piezas de cerámica, su distribución varía en cada sepultura: en algunas hay dos o tres ejemplares solamente, mientras que en otras se cuentan hasta diez y seis de esas vacijas de pastas blancas y cónicas, que tan comunes eran en Guatimala. La distribución de las joyas de oro también varía: unas veces se hallan en vacijas de barro a la cabecera, y otras mezcladas con la tierra donde debió de estar el pecho del cadáver.

Finalmente, hay sepulturas que están en la proximidad de Guayaque, que tienen un idolo de piedra grande y rojo, formando muro en la esquina de las esquinas interiores de la faja.

Orfebrería de los indios Guatares.

Costa Rica, colocada al centro del continente americano, presenta para los arqueólogos el mismo gran interés que para los naturalistas; aquí la flora del Norte se confunde con la del Sur y las faunas mezclan sus especies, insinúan, sin que el hombre haya podido resistirse a esa evolución constante de la naturaleza, digan de como es natural, tanto en los seres en sus artefactos como sucede en una paleta. Cuanto se mezclan colores de vivos. Los objetos sacados hasta ahora, de los sepulcros antiguos, presentan rasgos inequívocos de la civilización nahua mexicana, dando la mano con la de las tribus que habitaban el Norte de Colombia. La misma semejanza que hay entre los artefactos indígenas de Nicaragua, con los de Nicaragua, se nota entre los de los indios Guatares y los de Chiriquí (Véase el estudio de Mr. W. H. Holmes, titulado Ancient art of the province of Chiriquí).

Más de cien de los objetos que posea el Museo Nacional, en su colección de joyas de oro, han sido sacados del cementerio de Aguacaliente, y pertenecen por lo tanto a los indios Guatares, que habitaban en la meseta central del país, y muy especialmente la parte conocida en aquel tiempo con el nombre de valle del Guano. Durante los últimos dos años la señora viuda de Trogo ha obtenido, del mismo cementerio referido, unas veintiseis joyas de oro y cobre, y más de mil piezas de cerámica, y piedra labrada. Pero su interés nos obliga a formar con esta nueva colección un capítulo aparte, el cual ocupará algunas páginas más adelante.

Los Guatares eran indios bastante civilizados; pero en sus trabajos de orfebrería no pueden compararse con sus vecinos del Sur. Los aborígenes de Colombia, dice Ernesto Bostrope, ponían especial énfasis en la variedad de joyas de oro con que se adornaban. Caros y delicados, relucían sobre sus cabezas; arcos y pendientes adornaban el peto; collares de la oreja se colgaban de ella; varigueros de todos tamaños y de mil formas caprichosas abrochaban el cantilago de la nariz; gargantillas de canutos de oro y piezas pequeñas en que se usaban en copiar los insectos, y otros productos de la naturaleza, grandes palanquias, redondas fajas que, partiendo de los hombros, se cruzaban sobre el pecho; pulseras, brazaletes, anillos, amuletos de estrellitas, caracoles y piezas de joyas con que ricaban sus mallas, cuando no estaban en su replazados por anchas fajas de oro flexible.

El tesoro de los Guatares, describe por Bostrope, y el estudio del Dr. F. de la Estrella, el Dorado, son ambos de gran interés para los arqueólogos que se ocupan de la América Tropical.

Nuestros indios no tenían varande oro, que supieron soldar en la modificación con frecuencia, pues hasta ahora no hemos encontrado en ninguna de las figuras que tenemos a la vista, rasgos alguno de hilera o soldadura; en vano hemos tratado de examinar esos adornos preciosos, que en muchas figuras se presentan como hechos con alambre de oro soldado. En los pocos fragmentos que poseemos, de que parecen rotos, la granulación del oro aparece uniforme y sin intermitencias.

El sistema seguido por los Guatares en sus joyas parece ser igual en Colombia y Costa Rica (Véase nuestro Tomo I de los Anales del Museo Nacional, Año de 1887, y el Catálogo de la colección de las Antiquidades exhibidas por Costa Rica en Madrid, 1892).

Un documento de este publico por el Sr. Masenot, Marqués de Ballea, apoya estas dos de sus opiniones en los términos siguientes:

“Estos indios sólo traen oro en las piezas que he dicho (aquellas, Lagartillos, Sapos, arañas, medallas, patenas, y otras hechuras, que de todos géneros labran, vaciando en sus moldes el oro derretido en crisoles de barro), al go bazo de quitárselas por que así poco a poco les obliga a sacarle liga de cobre para poder fundirlas, con que la hacen de menor ley. Pero en las patenas, como no hacen más que batirlas y extenderlas sin necesidad de liga, se muestra la finura del oro que sobre de veinte y dos quilates!”

La liga de oro con el cobre, que con tanta frecuencia se nota en las joyas de los antiguos habitantes de la provincia de Santiago, no se debe a que el oro sea purísimo abundante que el cobre, pues ambos metales eran tan comunes a los indios. Otro la mezcla se funda con mayor facilidad que cualquiera de estos metales aislada mente y este es motivo bastante para que mostrasen por la liga marcada predilección. Con todo, al pensar de que el cobre se funde a los 2200° Beaumur y el oro a los 2605° ó sea: 3200° centígrados, continuamente se hallan en una misma pieza objetos de oro fino y de cobre puro, de tumbaga, y de cobre dorado, sin que esto mar que separaciones de pueblos, ni separaciones, ni civilizaciones diferentes.

El cementerio del Quayabo, situado en la falda oriental del volcán de Furiabla, solamente cuatro piezas de oro ha producido en sus excavaciones. Pero en cambio el de Aguacaliente ha suministrado una colección abundante y variada que, como dijimos antes, pasa de ciento veinte y cinco a sesenta y siete; una sola sepultura de los señores tenía diez y ocho idólos, cascabeles y patenas de oro. El esqueleto se halló tendido longitudinalmente con el cráneo hacia el Norte; la cabeza descansaba sobre la mayor de las patenas y cubriéndose las orejas tenía las otras dos; los quince idólos y cascabeles estaban inclinados por su posición que formaron parte de un collar colocado sobre el pecho del cadáver. Así me lo dijo Lorenzo Macis, peón que abrió aquella guarca en vida del malogrado señor Freyre, agregando: “las tres hecidiunas que tiene la patena marcada con el número 4 fueron hechas con la punta del cuchillo, por que al levantar los restos del cráneo creíamos que no habría nada más, y son de a más el tiempo para descubrir el fondo de las, que es constante en las guaras de estos indios.”

Pero ha sido no hallar los crisoles de barro en que los indios fundían el oro para modelar sus ornamentos; más no es extraño que los moldes mismos tampoco parecían, por que, una vez vaciado el oro, quedaba la figurilla dentro de aquella envoltura de arcilla cocida, que por lo común tenían que romper para sacar la imagen deseada. Las patenas las hacían batiendo los granos de oro recogidos a las orillas de ciertos ríos, como el famoso de la Estrella, por ejemplo, y haciéndose explica que alguna de estas patenas están formadas con dos o tres capas de oro superpuestas pues una vez fundido el metal fácil les era extenderlo y fijas capa sobre capa para dar a la pieza mayor consistencia, sobre todo cuando habían de extenderla hasta alcanzar un diámetro de sesenta milímetros, que corresponde a la patena de mayor tamaño que poseemos (lean con gran interés a una sola patena, que el capitán del Ejército Ballea en carta dirigida a S. M. el Emperador Carlos V. Rey de España, república de su Majestad a Nicaragua, con fecha de 16 de Mayo de 1551, le decía: “de la cual me he llevado más que me quisiera llevar, me quisiera llevar como Capitán, si me una patena que pesa ciento e cuarenta e cuatro pesos de oro; fúlgidos de este son los oficiales de vuestra majestad, que allá van, a los cuales en todo me remito.” Siguió “Washington Irving, en sus viajes en Valdivia, dando el mérito extraordinario del oro en aquel tiempo como se ve en moneda española actual, y más que igual cantidad en oro de Santa Rosa, Nueva España, Nicaragua y Panamá, página 24.)

La infancia relativa en que estaban estos pueblos los había copiar de la naturaleza aquellas formas que más llamaban la atención, especialmente las aves de gran tamaño como el águila, la lechuza, y alguna de las especies acuáticas de largo pico. A veces unían dos ejemplares por las alas, en otros casos tres, y como se ve en una pieza que tiene D. Dolores, viuda de Freyre, la cual pieza representa cinco aves con las alas abiertas y unidas por sus extremos; de ese ejemplar inspirante hizo el Sr. Freyre un imponente y lo regaló a su esposa, quien lo conserva y usa como un recuerdo del cariño con que gal.

El punto más oscuro con relación a la metalurgia, ¿qué es el dorado, que se conserva todavía en algunos objetos de cobre; pero abrigamos la esperanza de que un examen detenido y minucioso nos resolverá la cuestión dentro de poco tiempo, dado el interés que los americanistas se han tomado por esta clase de investigaciones, ayudado por el esfuerzo de los gobiernos, que como el de Don Rafael Iglesias, prestan su valioso apoyo para el adelanto de las ciencias en todos los ramos del saber humano.

La representación de animales fantásticos y apócrifos, en que se mezclan las formas de aves de corral, se observa así en las tumbas como en los caracoles, con tanta gracia y atractivo que a más de un comerciante acudido se le ve llevar una o dos piezas pequeñas, como el feto de cerrota o dije de Contina.

Durante la pasada Exposición Universal de Chicago noté que en un campamento de indios de la isla, Vancouver uno de los naturales se ocupaba en pintar sobre conchas marítimas diversas figuras de animales, que el dueño a diez centavos por pieza. Le dije que me pintara una águila, e inmediatamente dejó satisfecha mi deseo, mediante el impo rante los diez centavos: la concha medía sesenta milímetros en su diámetro mayor y la figura está pintada con rayos azules y puntos rojos. Pero hay tanta semejanza entre esta pintura y algunas de las águilas de oro extraídas de las Sepulchras apócrifas de Santiago y Chiniqui, que cualquiera de las supuestas pintadas por el mismo artista. Tanto en la pintura como en las águilas de oro, el pico está entre abierto y es desproporcionadamente largo y puntiagudo; los ojos están formados por círculos concéntricos; en las águilas de oro la pupila está representada por una bolita, en el dibujo por una mancha circular de pintura azul; los cuernos no faltan ni en una ni en otras y las alas siempre abiertas, tienen rayos y puntos en sustitución de las plumas.

El cobre aparece muy a menudo en forma de dije y otros joyas dentro de las sepulchras antiguas. Estas piezas están algunas veces doradas, como la marcada con el número 43 del Museo Nacional pero las hay también de cobre puro, más o menos oxidado y carcomido por la humedad del terreno.



Figura humana de bronce, sentada, al parecer sobre una horqueta sobre oxidada. Colección Arceles, faldas del Ecuador.



Caracol pequeño también de bronce oxidado, de forma espiral, pendiente al cuello de los caciques de oro de una ojeada en la parte superior para mantenerlo colgado. Colección Arceles, faldas del Ecuador.

La carencia absoluta de objetos de bronce, como instrumentos de agricultura y armas de guerra, nos hace creer que nuestros indios no conocían el estaño, diferencia a la que así notadamente de los naturales del Perú que poseían utensilios de cobre y de bronce, los cuales aplicaban de preferencia a sus trabajos rurales. Apesar de que los antiguos indios de Costa Rica no conocían el estaño la opinión más aceptable es que su civilización correspondía a la de la edad de bronce del viejo continente, pero, siempre mostrando dentro las mismas sepulchras una mezcla constante de la piedra lascada, tallada, las armas de piedra pulimentada, la cerámica y metalurgia en su mayor grado de perfeccionamiento indígena.

Armas y Ornamentos de piedra.

Entre los objetos indígenas extraídos de las antiguas sepulchras figuran en primer término las armas de piedra y los ornamentos de jade, por que éstos han ocupado entre los arqueólogos contemporáneos el mayor número de páginas, ora sobre la antigüedad a que la fabricación de cada uno se remonta, ora sobre la clase y procedencia de los materiales empleados. Mucho se ha escrito acerca de la piedra esculpida del hombre paleolítico y de la importación al continente americano, de la piedra verde tan estimada por los indios, pero aun no se ha llegado a una conclusión definitiva. Nuestra opinión humilde, ha sido siempre —

Contraria a ambas teorías y vamos a exponer en este artículo los motivos en que fundamos nuestro modo de pensar. Dice, en todo caso, tenerse en cuenta que por repetidos estudiosamente a los ejemplares recogidos en Costa Rica, y pudiera suceder que en otro de los países americanos se obtengan conclusiones diferentes, y más tardía, que nosotros hagamos de modificar nuestras conclusiones con el examen de otros ejemplares nuevos o convenientes por nosotros, como antes de nosotros.

El ilustrado Doctor Don Tomás Wilson, refiriéndose al virrey Balló Uchique don V. Ambrigo su Ocho, de espaldas así, en la página 25. Todas las cosas que en su tiempo se hallaron en el interior, a la sazón, más allá de los límites de los indios, y más allá, en Costa Rica, en las montañas de piedra que parecen pertenecer al hombre paleolítico por su forma y rudeza de fabricación, se hallan siempre dentro de las sigilosas mezcladas con las armas de piedra pulida, la cerámica de colores diversos y las joyas de oro fundido. No parece sino que la dureza de la piedra que empleaban o usaban en la fabricación de esas herramientas no les permitiera el pulimento y por eso los usaron simplemente forjados; al menos personas hoy que consideraran esos objetos apenas medio elaborados en vía de construcción. Pero no a nuestro propósito enumerar los diversos pareceres emitidos a este respecto, sino sólo el hecho de que esos objetos que parecen paleolíticos, se han hallado dentro de las sepulturas, acompañados a veces hasta de restos humanos que indican muy poca antigüedad.

Conviene ser más enunciar todos los ejemplares que posee nuestro Museo Nacional, cuya antigüedad parece remontarse hasta los tiempos del hombre paleolítico; mas debemos citar algunos de estos especímenes y para ello hemos escogido sus tipos diferentes en la forma, tamaño, dureza y procedencia, a saber:

3347. Pedazo de pedernal, de 33 milímetros de largo; procede de la colección hecha por el doctor Matamoros en Nicoya. No se puede determinar exactamente su aplicación; probable y su forma es semejante a la de un fragmento de las navajas de obsidiana. En Turrialba tuvimos oportunidad de recoger gran cantidad de pedernal de pedernal que estaban dentro de las sepulturas antiguas de los indios.

3348. Punta de flecha de un cínico, es de sílice hidratada y mide 57 milímetros de largo, su color es blanco y se opalesce. Fue colectado este ejemplar por Don Juan S. Corrales en Turrialba.

3349. Punta de flecha de pedernal; mide 2 centímetros de largo. Agua Caliente. Legado Troyo. El color de esta punta es blanco cristalino; pero las hay también de color amarillento y aun rojo.

3350. Círculo de sílice negro (sílice de fractura concéntrica); mide 16 centímetros de longitud. Colectado en el Cementerio del Guayabo, en Turrialba por A. Alfaro Diciembre de 1898.

3351. Hacha fabricada de un material semejante al del cínico anterior; pero su color es de pirarrosa. Este ejemplar mide 12 centímetros de longitud y fue colectado en Nicoya por Don Juan S. Corrales. En su forma se parece mucho a los ejemplares marcados con los números 5305 y 5302 de la colección Thiel, cuyos grabados se insertan adelante.

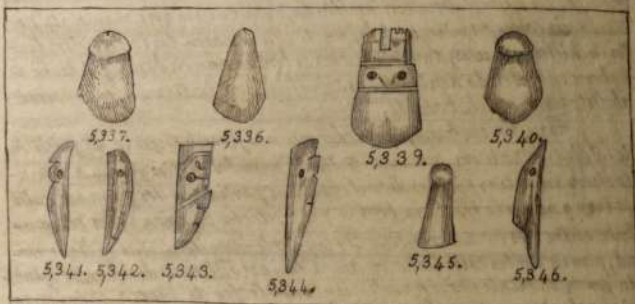
3352. Hacha grande de 28 centímetros de longitud; fabricada de obsidiana y en tal forma que permite sujetarla con la mano por el centro sin que necesite de mango o empuñadura especial. Agua Caliente legado Troyo.



Hacha, cuchillo y mazo de piedra, hallados en San Pedro de Mapula, Nicoya y Los Guamos, isla de Chiriquí. El tamaño y peso de estas piezas indican que su empleo fue útil como instrumentos de agricultura y armas de guerra. Colección Thiel.

233 Aquellas piezas fueron simplemente talladas por los indios, como dijimos antes, y las hemos colocado en esta de perfección, acendrada con el objeto de compararlas con las piedras pulidas; por ejemplo, con el hacha número 3323, que mide 15 centímetros de longitud y que fue recogida en Nicoya por Matamoros; esta hecha de sílex impuro y se parece mucho al ejemplar marcado con el número 5300 de la colección Thiel.

Si examinamos los ejemplares marcados con los números 5301, 5302, que son simplemente tallados, el resto de los especímenes que comprenden estas dos planchas de grabados, están en su mayor parte pulidos.



Cuchillos de piedra procedentes de Nicoya, El Cardenal, Santa Cruz y Liberia en la provincia del Guanacaste. Son en su mayoría de pasta y piedra verde, colección Thiel.

La colección Velasco recientemente comprada por el supremo Gobierno para nuestro Museo Nacional ha venido a enriquecer las series de armas y ornamentos de piedra con más de doscientos ejemplares, que si bien no cambian el carácter especial de las piezas que poseíamos, si presentan muchas adiciones nuevas y ponen de manifiesto ciertos hechos que hasta ahora no se habían dado a conocer. Al tratar por separado de esta valiosa colección, especificaremos detenidamente todas aquellas piezas que nos parecen de mayor mérito en el estudio de la arqueología nacional.

Tenemos a la vista una gran cantidad de objetos de piedra, verde tan estimada por los antiguos pobladores del Continente Americano y cuyo origen se atribuye al Asia Oriental, mas como dijimos antes, nuestra opinión humilde es contraria a esta teoría: el hecho de que hasta ahora no se haya encontrado la pedreta en la conformación geológica de este Continente, no es razón bastante para negar un absoluto su existencia en nuestro territorio. Si los indios hubieran traído en remotos tiempos ese material para elaborarlo en América, la piedra verde se habría distribuido casi con uniformidad en nuestras costas del Atlántico y del Pacífico, pero no sucede así en la península de Nicoya, todas las sepulturas poseen objetos de jade, mientras que en el Agua Caliente y en Turrialba esos objetos escasean de tal modo, que en el Cementerio del Guayabo sólo encontramos el fragmento de un cántaro, después de descubrir algunos centenares de sepulturas antiguas cuyo contenido se conserva actualmente en el Museo Nacional. Las colecciones hechas en Nicoya abundan todas en piedras verdes, sobre todo la colección hecha recientemente por el Dr. Thiel en aquella localidad.

Considerando este asunto desde otro punto de vista, al describir la interesante colección de antigüedades de Costa Rica que posee el Museo de Bremen, debido al esfuerzo del señor ex-consul alemán Dr. Don Federico Lahmann, el reconocido arqueólogo señor Strehl, refuerza nuestro modo de pensar en los términos siguientes:

Todos esos objetos revelan un carácter especialmente americano y difieren de los productos de otras naciones como las asiáticas; hay tal continuidad en esos objetos, que se puede seguir hasta los tiempos históricos; debemos, por lo tanto, deducir que en la misma época existía en América el material de que los fabricaron, pues si lo hubieran importado de lejanas tierras, como del Asia, existirían documentos de aquel tiempo que lo probaban. Se podría contestar que ese material era importado en tiempos prehistóricos, más para aceptar esto debemos suponer que el material estuvo depositado en América durante largo tiempo o que los objetos mismos fueron fabricados desde aquella época. La primera suposición es poco probable y para aceptar la segunda sería necesario que los objetos de nephritis difirieran en estilo

el fondo de los dibujos costeros; y mas de los adornos pintados con rojo y negro, tienen gracia semejante a las líneas rectas y curvas, grabadas en los pedruzcos del vaso con un punzón o punzón de cortante. No tiene relieve, como el punzón de la cerámica griega (ver pág. 32), sino que se graba en la superficie, por lo que se pierden, grabados que el se han publicado.

Una pequeña figura que fue la pieza de que los referidos, muestra el color rojo vivo de la arcilla, con que la fabricaron; se notan también pequeños puntos de color gris, al parecer de cenizas, gruesas de arena diminutas o cenizas que a veces mezclaban los alfareros indios. Otra pieza de mérito incuestionable es la número 9552, que está pintada en colores semejantes a los de la anterior y que pertenece a los mismos pueblos de una cerámica, habitantes de la península de Yucatán. Se ve en su fondo, en el centro, por ser de diámetro en la boca hacia el centro se dilata mucho, a manera de copa. Una sola vez representamos la cabeza de un dragón con un guerrero indio armado de hacha, dispuesto a acometerle por la figura humana tiene cabeza de águila, con un penacho en forma de hacha, semejante a la que en punta con ambas manos; se pensaba se hallaba dado sobre la espalda, desde la cabeza hasta la altura de los codos, tal vez una vez, como nuestro juicio, las mejores piezas del estudio por su forma y relieve, que podrían, como dice Ordoñez, regalarse a un príncipe por su linaje.

Con respecto al modo como los indios fabricaban la alfarería en el interior de Costa Rica y en el valle de Occidente, es perfectamente aceptable la opinión de Holman y de Squier, de fijarse la atención en la cerámica de las ruinas, y en los platos, escudillas, cántaros, etc. fácil sea comprender que los artistas que tenían la vista y manos tan bien educadas no necesitaban de modelos mecánicos para dar contornos gruesos y simétricos a las vasijas de barro.

Los floreros tripodes que son abundantes en las sepulturas de los indios Guatares particularmente en Turrialba, pueden considerarse como obras resabadas en su género. No tienen dibujos de colores, pero la forma es bella de los pies, con sus bóvedas altas, el borde exterior del cuerpo de estos objetos de barro, dan idea clara del grado de adelanto a que se llegó en la cerámica. Los Chontecos sobresalieron en sus vasos pintados, en los instrumentos músicos u óvarinas, en las ollas de grandes dimensiones y en las ollas adornadas con grecas y figuras. Los Guatares tenían los mencionados floreros, los platos tripodes, los pebeteros, los escudillas, guacales y salterillas ricas.

Verdaderamente ricos en cerámica son nuestros cementerios precolombianos: mas los costarricenses debemos trabajar constantemente para que esos tesoros o archivos de nuestra historia antigua no se exploten sin sacar de allí el tributo que la ciencia reclama.

Las copas, anforas y cueros tri-podes, adornados con cabezas de animales, pueden considerarse como ejemplares técnicos de la cerámica de nuestros antiguos indios, aun que bien es cierto que en esta industria no era en aquella época exclusivamente nacional.

Entre los instrumentos de viento que posea el ilustrado Obispo Fiol hay una olla, procedente de Santa Cruz, provincia de Guayaquil. Está marcada con el número 9568; por su decorado de rojo y negro, y por la forma, fácilmente se confunde esta pieza, a primera vista, con los ejemplares semejantes de la cerámica italo griega. Al estudiar nuestras antiguas culturas una por una, las comparaciones se presentan a menudo; más



Salterillas sacadas de la necrópolis del Guayaro en noviembre de 1931. A. H.

Siempre en relieve que representan animales y figuras fantásticas, los Guatares no tenían instrumentos músicos en abundancia, hechos de arcilla, por que los usaban según Benoni, fabricados de conchas huecas, largos y delgados, a manera de flautas o clarines.

preferimos aplazar para mas adelante ese trabajo, cuando hayamos presentado en artículos subsiguientes, todos los especímenes agrupados por secciones. La clasificación sistemática hará resaltar más los caracteres peculiares y los puntos de semejanza de las diversas piezas con otros ejemplares de la cerámica fabricada por las tribus del Norte y Sur de América, y tal vez los americanistas de pura sangre, lleguen a establecer, por este medio, lazos de unión verdaderos entre nuestros antiguos indios y los primitivos pobladores del viejo Continente. Si al concebir la obscuridad que rodea nuestra historia precolombiana se aparta la vista de esos problemas, por ahora indispensables, jamás se llegará a resolverlos. Pero a fuerza de penetrar a tantas en lugares que vivieron por muchos siglos en tinieblas, la pupila se dilata y el día llegará en que los sabios padecerán de corrido en los códices y en los cacharros de los indios, obteniendo por ese medio los datos que son indispensables, para escribir las primeras páginas de la inapreciable historia americana. A. Alfaro

El escriban Domingo Timoner.

Gobernaba la provincia de Costa Rica, allá por los años de 1574, el muy ilustre don Alonso de Anguciana de Sabor. Después del abandono de la Gobernación hecha por Blasón de Ribera, con motivo del desastre que sufrió en su expedición al río de la Estrella, en busca de los lavaderos descubiertos por Vázquez de Coronado, había quedado la provincia en gran desamparo. Los vecinos durando en contorne algún alivio en su estado de pobreza, pidieron a la Audiencia por Gobernador y Capitán General a un hombre prudente, que estuviera en disposición de gastar unos miles de pesos en conquistar a los indios.

La elección de la Audiencia recayó en Anguciana de Sabor, un hidalgo vecino de Granada de la provincia de Salamanca, sujeto rico en ganadería y dinero, que gozaba de cierto prestigio en Costa Rica desde su venida en compañía del Sr. Juan Cavallón, y que había sido uno de los fundadores de la Ciudad de San Juan de los Rios y miembro de su cabildo. Con estos antecedentes fácilmente logró Anguciana que los vecinos de Costa Rica solicitasen del Presidente de la Audiencia su nombramiento.

Anguciana de Sabor salió de Granada llevando en su compañía algunos amigos. Los vecinos le recibieron con grandes agasajos, vivían en el antiguo campamento de armas que con ellos había militado bajo los bandos de Juan Cavallón y Vázquez de Coronado, y que favorecido por la suerte volvió a unirse con sus antiguos compañeros. La dureza y ferocidad implacables por Blasón durante su gobierno era otra de los motivos de la popularidad de Anguciana, pues todos esperaban que se restituyera el mando y apale para con sus amigos y compañeros a cuyos instancias debía su nombramiento de Gobernador y capitán general. Pero es de creer que la grandezza y el poder traslucieran la buena índole del Gobernador; bien pronto tuvieron ocasión los vecinos de Cartago de observar en él ciertas debilidades despecticas que les hicieron sospechar que poco a poco habían ganado en el cambio, por que si bien había sido Blasón un hombre de muchas cosas, Anguciana de ser muy. Comenzaron entonces las murmuraciones y las habladurías contra el Gobernador, cosas a que los vecinos de la provincia se mostraban particularmente aficionados; pero Anguciana que sabía de que pie se estaban resaca aplacando la remedio eficaz. Pronto estuvo la carrel de Cartago llena de murmuraciones, denunciaron los presos, algunos fueron multados y a otros se les dispuso de las encomiendas de indios que Blasón les había hecho merced.

Disputaba entre los murmuradores Domingo Timoner, escribano público y del cabildo de la Ciudad de Cartago, sujeto de bastante ingenio y transigencia, que solía tener sus tratos con las masas como en adelante se verá. Anguciana no ignoraba las habladurías del escribano, pero como éste era hombre diestro en achaques de justicia y muy capaz de armarse un toro a guisa con los graves señores de la Audiencia de Guatemala, se veía obligado a usar con él de mucha tolerancia. Envalentonado el escribano con la impunidad de que gozaba escribía contra el Gobernador una sátira que fue muy celebrada y andaba de mano en mano. La colonia de Anguciana ya no tuvo límites y mandó prender al dislangando.

La carcel de Cartago no era por aquel entonces más que un castillo de los reos de graves delitos se les aseguraba con grillos y cadenas, sin embargo se ponían a buen recaudo. No dicen los manuscritos de la época cómo el escribano se tomaban estas precauciones, pero es de presumirse que antes